

ni ricos ciudadanos que ofrecieran al genio aquella suntuosa hospitalidad que diera Hierón a Píndaro, a Simónides, a Esquilo, a Epicarmo; y las Musas callaban espantadas en medio de aquella población de pastores feroces que conservaban el recuerdo de Euno y de Atenión.

«Ultimamente, dice Estrabón, estando yo en Roma se condujo allá a un tal Siluro que se decía hijo del Etna. Al frente de numerosa tropa, había devastado todas las cercanías de la montaña. En el teatro, se le expuso en un alto estrado que figuraba el Etna durante un combate de gladiadores. Terminada la lucha, se hundió la montaña y el hijo del Etna se encontró precipitado en medio de las fieras, que lo hicieron pedazos.»

Entonces como ahora el viajero que hacía la travesía de Italia a Grecia se detenía en Corfú y en Zante, la una magnífica estación mercantil y militar, la otra muy digna del nombre que le dan los marineros *Fiore di Levante*; flores he encontrado yo efectivamente allí en los meses más rigurosos y tristes del invierno.

De Corfú conducían tres caminos al Asia y al Africa central. Se remontaba al Norte hasta Dirraquio, cabeza ó arranque de la gran vía *Egnacia*, que conducía a Lisimaquia y a Bizancio, ó por el golfo de Corinto y de Atica, se alcanzaban las Cícladas, sembradas en el mar Egeo como un collar de perlas marinas al rededor de Delos, la más pequeña, pero la más famosa de todas. Sobre sus sonoras ondas que murmuraban los nombres heroicos de la antigua Grecia, bogaba el navegante, sin perder de vista la tierra, de Delos, donde habían nacido Apolo y Diana, a Naxos y An-



Moneda de Andros (1)



Moneda de Paros (2)



Moneda de Samos (3)

dros, las islas sagradas de Baco; de Paros, cuyo mármol competía con el del Pentélico, a Melos (Milo) que nos guardaba la obra maestra de la estatuaría griega; pero rehúsa de la triste Giaros, cuyas descarnadas rocas reemplazaron para los desterrados del imperio las deliciosas mansiones de los desterrados de la república en Tibur y en Preneste.

Más lejos, las grandes islas de la costa de Asia, Lesbos, Quio, bastante rica para pagar al rey del Ponto un rescate de 2,000 talentos, Samos, Cos, Rodas, donde se detuvo la fortuna de Mitrídates, habían reparado muy pronto sus pérdidas, y los magistrados romanos que iban a las provincias orientales se detenían de buen grado en estas féculas islas, donde bajo el más dulce clima se abría con todas sus seducciones la vida griega.

Los gobernadores de la Creta, de la Cirenaica y de Egipto descendían más al Sur. Del cabo Malio a la punta del Peloponeso podían descubrir las nevadas cimas de la Creta; desde esta grande isla llegaban en dos días de navegación a Cirene y en cuatro a Alejandría.

(1) Busto de Baco ó de un bacante coronado de hiedra; detrás un racimo de uvas. En el reverso ANAP y una pantera. Moneda de plata de Andros.

(2) Cabeza de mujer con un tocado de cintas. Reverso, ANA-EIK ΠΑΡΙ; una cabra de pie. Moneda de plata de Paros.

(3) Cabeza de león vista de frente. Moneda de plata de Samos.

La Creta debía a su fecundidad el sobrenombre de isla de los *Buenaventurados*, y Aristóteles decía de ella que nunca hubo posición más favorable para el establecimiento de un grande imperio, fortuna que no realizó sino en los tiempos mitológicos, cuando Júpiter nació allí, cuando Minos reinó en ella y la llamaban el país de las cien ciudades. Los hombres han hecho aquí mentir a la naturaleza: desde la edad heroica, la Creta vivió en las sombras; ni sabemos nada de la prolongada rivalidad de sus dos grandes ciudades Gnos y Cortina. Desde el tiempo de la guerra del Peloponeso, era un albergue de piratas y todos los partidos encontraban allí valor que comprar. Los cretenses conservaron sus hábitos tan largo tiempo como su independencia; sus arqueros servían en todos los ejércitos y sus corsarios atraían sobre sí la cólera de Roma. Metelo (66) los obligó a entregar sus barcos; pero habían sostenido bravamente la lucha, sacrificado a un pretor y resistido el ataque por espacio de tres años: era acabar bien.

Sin embargo les costó muy caro: muchas ciudades que cayeron bajo la ruda mano de Roma no se levantaron más, y las más ricas comarcas de la isla entraron en el dominio público del pueblo romano. Octavio, en un día de prodigalidad, el siguiente de la derrota de Sexto, dió a Capua tierras en Creta, cerca de Gnos, cuya renta ascendía a un millón doscientos mil sestercios y trescientos años después las poseían aún los capuanos.

La Creta formaba con la Cirenaica una provincia. Una de sus antiguas leyes reconocía a sus habitantes el derecho de insurrección contra sus magistrados prevaricadores; ley que Montesquieu aprueba «porque los cretenses, dice, tenían el patriotismo más ardiente, el menos sujeto a error: todo lo corrige el amor a la patria.» Dice bien, pero a condición de no llevar estas leyes fuera de las ciudades pequeñas, donde la verdadera mayoría de los ciudadanos se muestra fácilmente. Después de haber hecho uso de este derecho en el tiempo de su libertad, se guardaron bien los cretenses de ejercerlo durante la dominación romana. Ni aun se les tuvo que reprochar sus hábitos de piratería. «Los cretenses cuya habilidad marítima era proverbial, dice Estrabón, no tienen ya un navío.»

Ciudades griegas de la Tracia y del Euxino. — Al Norte del mar Egeo, en la Tracia, las colonias griegas habían cubierto todo el litoral, desde la embocadura del Estrimón hasta las bocas del Danubio. ¿Qué quedaba de tantas ciudades? «Los tracios, dice Apiano, se habían alejado de las costas por temor de los piratas; los griegos tomaron posesión de ellas é hicieron prosperar la agricultura y el comercio. Filipo de Macedonia los expulsó de allí; de modo que no se veían ya más que las ruinas de los templos que edificaron en el país.»

Sin embargo, se encuentran aún algunos griegos en aquellas costas, como por ejemplo en Abdera, ciudad orgullosa de sus grandes hombres, a pesar de su mala reputación respecto del ingenio; en Maronea, en Enos, en la antigua vía que llevaba al Asia; finalmente, en Cardia y en Lisimaquia, que cerraban la entrada del Quersoneso de Tracia, ya propiedad de Agripa; pero todas estas ciudades eran miserables. Cuando la Macedonia vuelva a ser una provincia floreciente, cuando al otro extremo del país se eleve la nueva capital del imperio, la Tracia, situada en medio, tendrá a su vez ciudades ricas y pobladas: por ahora, el comercio y los viajeros huyen de ella.

Las orillas de la Propóntide y sus estrechos estaban poco animados. Bizancio, en una de las más admirables situaciones del mundo, al extremo de la Europa y en frente del

Asia, entre el Mediterráneo y el Ponto-Euxino, era dueña del comercio del mar Negro, que se detenía en su puerto, cuando no pasaba todo por sus manos. Y aun se enriquecía con la abundante pesca del Euxino, de cuyos provechos participaban los romanos, bien que dejándola libre.

Esta libertad de que con muy buen sentido no se mostraban celosos, los dispensaba del embarazo de la ocupación, sin dar a los bizantinos una independencia de que hubieran podido abusar. Los gobernadores de Bitinia estaban encargados de vigilarlos, y se les aseguraba más aún por el interés de las propiedades que tenían en la Misia, al alcance ó, mejor dicho, bajo la mano de Roma.

El comercio del Oriente seguía entonces dos caminos: el del mediodía por el golfo Pérsico ó por el mar Rojo, y el del Norte por el Oxo, el mar Caspio y el istmo caucásico. Los árabes y los griegos de Alejandría poseían el pri-



Moneda del Quersoneso de Tracia (1)



Moneda de Bizancio (2)

mero, y los griegos del Asia habían tomado el segundo: todas las orillas del mar Negro estaban cubiertas de colonias suyas; Mileto, por sí sola había fundado allí trescientas factorías, habiendo llegado a ser algunas de ellas ricas ciudades, y en la Táuride se extendía el floreciente reino del Bósforo. Sin embargo, el mundo civilizado parecía acabar en Bizancio: más allá aparecía la barbarie, se veían ya los hábitos salvajes, las tribus que vivían de los despojos de la mar y del pillaje de los naufragos. Así, pues, los navegantes que llegaban de la Laguna Meóide, y por temor a las tempestades del Euxino se veían obligados a costear aquellas inhospitalarias regiones, dirigían sus acciones de gracias a Júpiter Urios, en cuanto descubrían su templo en la costa de Asia, a la entrada del Bósforo.

IV. — PROVINCIAS DE ASIA.

Asia Menor. — El Asia Menor avanza como un inmenso promontorio entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, rechazando ante sí las ondas del mar Egeo. Si se limita el Asia Menor a una línea tirada desde Trapezonte hasta el golfo de Iso, formará una península, cuya extensión casi alcanzaría la de Francia, dividiéndose en dos regiones bien distintas: en el centro la del país llano, y en su contorno ó perímetro, la de las montañas: la segunda ocupa doble espacio que la primera.

En la región montañosa del Norte y del Sur se encuentran las mejores comarcas de la península. Las montañas se coronan de inmensos bosques y a su pie se extienden grandes llanuras en que se suceden los más variados cultivos. A intervalos se hunden sus faldas en amplios y hondos valles, ó se entabren para dar paso a algunos ríos, que descienden al Euxino ó al mar Egeo. La fecundidad

(1) XEP. Cabeza de Minerva con casco; todo en un cuadrado hueco. Moneda del Quersoneso de Tracia.

(2) ΠΥ ΕΠΙ ΣΦΟΔΡΙ, nombre de magistrado. Neptuno sentado en una roca con el tridente y el *acrostolium* ó figura que terminaba la proa de los barcos, la cual es aquí una estatuita. Moneda de plata de Bizancio.

de la tierra es tal que no necesita abono, y así todos los años puede esta parte del imperio de los turcos exportar para Europa cien millones, lo menos, de kilogramos de grano. ¿Qué sería, pues, cuando el Asia Menor estaba en manos de la activa é industriosa raza que en la antigüedad había tomado posesión de todas las costas, edificado una ciudad a orilla de cada río, enfrente de cada puerto y en todas aquellas islas, arcos rotos del puente que unía en otro tiempo la Grecia y el Asia? Por allí vinieron de Oriente muchas creencias, doctrinas y artes, que tuvieron a una y otra orilla del mar Egeo su completo desenvolvimiento; y los griegos a su vez hicieron penetrar hasta el fondo de los valles del Tauro su influencia, que bien claramente revelan las inmensas ruinas de Patara, de Sagalaso y de Selge. Los monumentos que quedan en pie hablan por la historia muda, y estudiándolos, se reconocen dos corrientes opuestas que se han encontrado y confundido en estas provincias. Las rocas sepulcrales de Mira y de Galacia recuerdan los sepulcros reales de Persépolis, mientras en Lidia, aun entre los insoscuables pisidios, los templos y los teatros son de arquitectura helénica.

El tiempo y las costumbres habían determinado grandes diferencias entre aquellos pueblos, en cuya sangre se mezclaban en distinta proporción los elementos arios y semíticos. El frigio «más tímido que una liebre,» expulsado por la miseria del suelo árido y abrasador que habitaba, bajaba anualmente a la costa para alquilar sus servicios en la época de la recolección de la aceituna; y si las cosas iban mal, vendía a sus hijos para hacer dinero.

El lidio hacía lo mismo que el frigio; sino que en caso de apuro, se vendía a sí mismo por cualquier cosa; y todos los servicios podían exigirse de él, hasta el más vergonzoso, con tal de que no le costaran mucho trabajo. Desde el tiempo de Herodoto pasaba este pueblo por el más flaco ó afeinado del Asia; y el curioso narrador, en el embarazo de explicar esta molición sin ejemplo, hace de ella una especie de institución política. En los dos extremos, en la Caria y al pie del Olimpo, eran más fuertes las poblaciones. Los carioses habían dominado en otro tiempo todo el mar Egeo y sometido, en tiempo de Mausolo, a Rodas y a Licia. Pero este pueblo acabó mal. Los traficantes de hombres encontraban tanta y tan fácil provisión en este país que el nombre de carioense vino a ser sinónimo de esclavo.

Los hombres de la Misia, rudos montañeses muy difíciles de someter, habían dado mucho que hacer a los sátrapas de Persia y dieron aún mucho más a los gobernadores romanos. Nada tenemos que decir de la Isauria, cuyos habitantes hicieron a los romanos una resistencia desesperada; ni de la Pisidia que no había sufrido nunca el yugo extranjero y que llevó muy ligeramente el de Roma.

La Licaonia, país frío, privado de agua y rico sin embargo en ganados, tenía una ciudad, Iconio (Cogni), que hizo luego un importante papel; a sus inmediaciones había un lago comparable a los más bellos de Italia.

Los páfilos y cilicios no tienen historia; la Paflagonia la tiene dolorosa, como quiera que fué una presa disputada sin cesar por los reyes de Ponto y de Bitinia. Más adelante hablaremos de los capadocios y armenios.

Como se ve, había aún muchas diversidades en la gran península asiática; pero en todos aquellos pueblos quebrantados por larga servidumbre, no quedaba sombra de vida pública, a menos que no se tome por tal la fiebre de las rivalidades y turbaciones interiores.

Los romanos dominaron el Asia Menor tan fácilmente como a los lidios, los persas, los macedonios y a Mitrídates: fué negocio de una batalla, y la conservaron con menos

esfuerzo aún. Al principio dejaron que los reyes indígenas gobernaran por Roma; después ocuparon poco á poco su lugar; ahora la poseen completamente. Sin embargo, no pusieron bajo su administración directa más que los antiguos reinos de Pérgamo y de Bitinia, con una parte de las costas que miran á Rodas y á Chipre, es decir poblaciones casi griegas por su origen ó por su lengua, que formaban una multitud de Estados pequeños, siempre en guerra cuando una autoridad superior no les imponía la paz.

Dejando, pues, á los indígenas el Centro y el Este, ocuparon los romanos la región occidental y extendieron como dos brazos alrededor de la península para alcanzar, más allá de Sínope, el Termódonte, y más allá de Tarso las Puertas sirias. Así poseían todas las entradas de la península, dominaban todas las comunicaciones con el exterior y tenían la mano sobre las ciudades griegas asentadas á lo largo de sus orillas. Para borrar mejor los antiguos recuerdos de independencia, habían confundido en su nueva distribución del Asia, los pueblos y los territorios. «Es muy



Moneda de Selge (1)



Moneda de Mausolo (2)

difícil, dice Estrabón, determinar exactamente lo que pertenece á la Frigia, á la Lidia, á la Caria ó á la Misia, porque los romanos no han tenido cuidado de hacer diferencia de naciones en sus divisiones administrativas. Las han dividido en jurisdicciones, dando á cada jurisdicción una ciudad principal, donde se administra justicia.»

En cuanto al interior, como habían encontrado en los pueblos antiguos hábitos de sumisión á dinastías nacionales, y en éstas solicitud é interés en reinar solamente con las miras de Roma, no tuvieron para qué suplantar á los que servían tan bien la causa de la república. De este aparente desinterés resultaba que por esta parte ofrecían las fronteras una conformación singular: en efecto, mientras en el Euxino y el mar de Chipre el límite de las provincias casi llegaba al meridiano de Antioquía, en las tierras retrocedía hasta el de Bizancio ó poco menos.

El Asia romana formaba tres provincias: Bitinia, Asia propiamente dicha y Cilicia. Las colonias eran aquí poco numerosas, porque no había hecho una resistencia que necesitara grandes precauciones. Ni habiendo permanecido allí los ejércitos, había habido tampoco ocasión de establecer veteranos. Sin embargo, en las costas del Norte, Sínope, bella y fuerte plaza, cuya marina dominó en otro tiempo todo el Euxino, Heraclea, Apamea de Bitinia y Lámpsaco, habían recibido colonias. Cícico, que había prestado tantos servicios durante la guerra de Mitrídates; Ilión y sus venerables ruinas, cuna del pueblo romano, como quería creerse entonces; Quio, arruinada por Mitrídates y reedificada por Sila; la Licia en que el rico valle del Janto volvía á encontrar su prosperidad; Tarso, cuyas escuelas se aventajaban á las de Atenas y Alejandría, y donde estudiara el Apóstol de las gentes, y otra multitud de ciuda-

(1) ΣΕΛΓΕΩΝ. B, hondero volteando la honda; en el campo, la triquetra, una maza y el cuerno de la abundancia. Moneda de plata de Selge.

(2) ΜΑΥΣΕΩΔΟ. Júpiter de Labranda, ciudad de Caria que encerraba un santuario célebre del dios. Moneda de plata.

des eran libres, es decir, conservaban sus leyes y sus magistrados, á condición de pagar el tributo la mayoría de ellas, y de deferir todas sin excepción á las órdenes de los gobernadores romanos, cuando venían en darlas. Rodas, que poseía parte de la costa opuesta del continente, creía aún en su independencia.

Aun en el centro de las provincias subsistían pequeños principados sacerdotales ó laicos: el interior de la Paflagonia pertenecía á jefes indígenas; en el templo de Olba, en Cilicia, cuyo fundador se creía haber sido Ajax, estaban afectos grandes dominios que formaban una especie de soberanía llamada el sacerdocio de Teucer ó Teucro; al otro extremo del Asia Menor, un jefe de bandidos, llamado Cleón, se estableció en el Olimpo y poco á poco se formó un ejército y un territorio. Correrías afortunadas contra los agentes de Labieno, cuando éste pasaba el monte Amanó á la cabeza de los partos, hubieron de legitimar á los ojos de Antonio sus precedentes empresas y pasó entonces de bandolero á príncipe. No le tenía menos cuenta abandonar en Accio á su bienhechor; y por sus servicios, lo recompensará Augusto dándole dos cantones de la Misia con el título de sumo sacerdote.

Antonio fué desgraciado en sus amistades: otro, á quien había hecho dinasta, lo traicionó también, Amintas; pero un gálata se le mantuvo fiel. La parte oriental de la Bitinia ó sea el país de los mariandinos, pertenecía íntegramente á la ciudad de Heraclea, que había reducido á los indígenas á la condición de los penestes de la Tesalia, sin dejarles más derecho que el de no ser vendidos fuera de la provincia. Después de la guerra de Mitrídates los griegos de Heraclea cedieron á los colonos romanos parte de su ciudad y de su territorio, y Antonio, muy generoso y aun pródigo de los bienes ajenos, dió al gálata Adiatrix todo lo que se reservaron los heracleotas. No se contentó el gálata con esta parte, con ser gratisdata y todo; y para obtener la otra, sorprendió una noche á los colonos romanos y los pasó á cuchillo.

Este hecho, que ocurrió antes de Accio, dió lugar á una interesante historia. Combatiendo Adiatrix por el imperator de Alejandría, fué hecho prisionero y condenado á muerte con el mayor de sus hijos. Cuando se les llevaba al suplicio, el segundo hijo de Adiatrix quiso pasar por el mayor y reclamó el derecho de morir con su padre. Con esto se empeñó entre los dos hermanos una viva disputa, que tuvo en suspenso á los soldados: «Mi hermano, decía el menor, es más capaz que yo de levantar nuestra casa.» Y al fin venció al mayor en su generosa porfía.

Ya á destiempo enterado de estas circunstancias, sintió en gran manera Augusto no haber podido evitar la ejecución; pero recompensó al hijo de Adiatrix por la abnegación que había sabido inspirar nombrándolo sumo sacerdote de la Comana Póntica.

La provincia de Asia comprendía, según se cree, quinientas ciudades, siendo las más bellas por su situación y alrededores: Cícico, la reina de la Propóntide; Esmirna que marcaba su moneda con la efigie de Homero; Iasos, con su acrópolis ciclópea, en una elevada meseta de 300 metros sobre la costa, y su templo desde donde se dominaba parte del Archipiélago. Las mayores riquezas se encontraban en Efeso (3), célebre por su templo de Diana, y á pe-

(3) Los descendientes de Codro llevaban aún en Efeso el título de rey y las reales insignias (la púrpura y el cetro) y tenían el derecho de presidir los juegos y los sacrificios de Ceres Eleusina. Pero Efeso tenía un privilegio funesto: la inmunidad de su templo. Alejandro había extendido la inmunidad á un estadio; Mitrídates al alcance de un dardo arrojado de cualquier ángulo del templo, y Antonio todavía

de su mal puerto, el depósito principal de las mercancías de Grecia y de Oriente; en Laodicea, que heredó de uno de sus ciudadanos, de Hierón, 2,000 talentos, y vió á otro, á Polemón, ceñir la real diadema; en Trales, donde Pitódoris poseía tierras por valor de 2,000 talentos también, y dinero contante para rescatarlas de una vez, cuando César se las confiscó en castigo de sus relaciones con Pompeyo; en Apamea de Frigia, la segunda plaza de comercio en el Asia, por cuya razón se le daba el nombre de *Cibotos*, que vale tanto como gran cofre ó arca de caudales.

Mileto, con sus cuatro puertos, pudiendo contener cada uno toda una armada de guerra, era, después de Efeso, la mayor ciudad de la Jonia. Edificada en la embocadura del Meandro, río de curso caprichoso y variable, tenía que su-



Sínope (1)



Moneda de Ajax, príncipe de Olba (2)

frir sus consecuencias. «Siempre que alteraba los límites de las propiedades, corroyendo ó arrastrando los ángulos de sus orillas, se le intentaba un pleito y si se le probaba el daño, se le condenaba á multas que se pagaban de la recaudación del peaje.» De este modo el río indemnizaba los perjuicios que traía. Pero acabó por destruir la ciudad, y hay que ir hoy á sus aluviones á buscar los vestigios y despojos de los templos que eran el orgullo de la Jonia. Los cimeos disputaban á los abderitanos el privilegio de sostener á sus expensas el estro sarcástico de los burlones, sin que Eforo ni Hesiodo, sus compatriotas, los defendieran de su desdichada reputación.

Sinada tenía mármoles preciosos; Cibira, fábricas de hierro cincelado; Colofon un famoso oráculo de Apolo, que consultó Germánico; Pérgamo acababa de perder su rica biblioteca, que Antonio regaló á los alejandrinos; pero uno de sus ciudadanos, Apolodoro, era amigo de Augusto, que se dignaba recibir de él lecciones de bellas letras.

Un brillante cinturón de bellas y florecientes ciudades rodeaba la Propóntide: Abidos, el gran paso de Europa al Asia; Lámpsaco, Prusa, al pie del Olimpo; Nicea, la ciudad más considerable de Bitinia; Nicomedia, la capital de la provincia, y Calcedonia, llamada *la ciudad de los ciegos*, porque sus fundadores se habían fijado en un sitio desfavorable, cuando hubieran podido ocupar el emplazamiento de Bizancio.

El Asia había sufrido mucho en las últimas convulsiones de la república, sin haber tenido como la Galia, España y Africa, el consuelo de haberse mezclado con gloria en la lucha. Las circunstancias la habían obligado á tomar partido al principio por Pompeyo y luego por los republicanos; Casio en una sola vez levantó allí el impuesto de

aumentó en el doble esta medida: de modo que parte de la ciudad estaba comprendida en el espacio privilegiado, haciendo pulular los malhechores (Estrab. X, 4, 23).

(1) ΣΙΝΟΠΕΩΝ. Apolo sentado en el ὄμφαλον de Delfos que marcaba el centro del mundo; tiene la lira en la mano; en el campo AM y la cabeza de Hércules. Moneda de Sínope.

(2) ΑΡΧΙΕΡΕΩΣ ΑΙΑΝΤΟΣ ΤΕΥΚΡΟΥ ΤΟΠΑΡΧΟΥ (ΚΕΝΝΑΩΝ) ΚΑΙ ΛΑΛΑΣΣΕΩΝ ΕΠΙ ΔΙΟΔΩ ΕΤ Ε. Ajax, hijo de Teucro, gran sacerdote, prefecto de Lalasis; en tiempo de Diodoro, el año 5 (del reinado de Ajax). Rayo. Moneda de bronce.

diez años (3). Después vino Antonio que le arrancó mucho más; y mientras él gastaba este dinero en las locuras de la *vida inimitable*, Labieno conducía á los partos hasta á vista de Rodas y de Samos, despojaba otra vez más los templos y recogía lo que el triunviro había olvidado.

Sin embargo, era menester buscar nuevos recursos para el formidable armamento con que se debía disputar á Octavio el imperio de Oriente. Los reyes, los príncipes, los tetrarcas, las naciones y las ciudades, desde el Eufrates hasta el Adriático, recibieron orden de enviar las provisiones y dinero de que había necesidad.

El Asia respondió pues al llamamiento acudiendo de buena voluntad, en apariencia, á aquella guerra; pero en el fondo suspiraba por el término de aquellas ruinosas magnificencias, por el orden y el reposo, para reedificar sus templos, rescatar de los usureros sus pórticos y murallas (4), y volver á las lecciones de sus retóricos, á la industria y al comercio.

Así, pues, con más complacencia que ninguna otra provincia, saludó la última victoria, á la cual contribuyeron la mayoría de sus jefes, sembrando de antemano con su defección el desaliento y la desconfianza en las legiones de Antonio. Lanzados á su pesar en esta gran contienda, los griegos de Asia se retiraron de ella cuanto antes. No eran fieros patriotas que soñaran con la libertad: la igualdad les importaba más que la independencia, y con tener aún tribuna, elecciones municipales y provinciales para sus Κοινά, y artes y todas aquellas elegancias de la vida de Esmirna y de Efeso, que Cicerón llama los consueles de la servidumbre (5), y de vez en cuando una ligera revolución interior, estaban muy bien hallados. Habitados á este régimen por espacio de seiscientos años, no querían otro.



Moneda de Esmirna con la efigie de Homero

Siria y Fenicia. — La Siria había pasado por las mismas vicisitudes, con más desorden y miseria, porque estaba más cerca de los partos y de los árabes. Sus desgracias venían de larga fecha, de las últimas convulsiones en que se había hundido el reino de Siria. Después de las sangrientas ambiciones de los príncipes indígenas, habían venido las rivalidades de los dominadores extranjeros, y había sido preciso dar á los unos y á los otros, dinero y soldados, y á cada peripecia de las guerras civiles sufrir nuevas exacciones, en expiación de las que ya se habían sufrido.

Después de la victoria de Farsalia, envió César allá de gobernador á Sexto Julio su deudo. Baso, antiguo teniente de Pompeyo, mucho tiempo oculto en Tiro, se aprovechó hábilmente del alejamiento del dictador y de las falsas noticias que de vez en cuando llegaban de España ó de Africa, para formarse un partido, sublevar á la gente de Sexto y hacer que le dieran muerte.

Tomó entonces el título de pretor y pretendió gobernar la provincia. Pero el ejemplo que él mismo había dado pareció bueno de seguir, y lo que él había hecho con su pre-

(3) El impuesto anual del Asia era, en tiempo de Sila, de 4,000 talentos (Apiano, *Bell. Mithrid.* 62; Plutarco, *Sylla*, 25). César lo disminuyó en una tercera parte; de modo que los diez años debieron producir 27,000 talentos. Pero Casio y Antonio restablecieron el tributo al cupo antiguo (Apiano, *Bell. civ.* V, 4).

(4) Era un uso común en las ciudades de Asia empeñar á los acreedores las propiedades municipales. Así habiendo dado los cimeos en prenda de un empréstito los pórticos de su ciudad, no se atrevían á pasearse en ellos, dice Estrabón.

(5) *Oblectamenta et solatia servitutis* (II in Verr. IV, 60).

decesor probó á hacerlo con él cierto Antistio, y lo sitió en Apamea. Rodeada por el Oronte y un gran lago, esta ciudad era inexpugnable, y careciendo de fuerzas los adversarios para vencerse uno á otro, llamaron á un jefe árabe de las inmediaciones, acostumbrado á vender sus servicios al que mejor los pagaba, y á ayudar á los partos en sus invasiones en la provincia haciendo su negocio en medio del desorden. Acudió á una conferencia entre la ciudad y las legiones, propuso sus condiciones y fijó su precio, que sólo Baso fué bastante rico para pagar. Seguro del árabe llamó otra vez á los partos. ¡Cuán necesario era que Roma recobrara su fuerza!

Mientras se resolvía la querrela en Filipos entre la república y el imperio, hubieron de conquistar los partos toda la Siria: únicamente Tiro pudo librarse de esta dominación, habiéndose alzado tiranos en todas las ciudades. Los tenientes de Antonio pusieron allí algún orden, sin llevar mucha unidad al gobierno de aquella provincia, donde han de subsistir por mucho tiempo aún multitud de tiranuelos.

Sin embargo, en cuanto se consolide la paz, renacerá la prosperidad en una región tan bien situada entre el Eufrata



Moneda de Tiro (1)



Antíoco Epifanes (2)

tes y el mar de Chipre, donde las ramificaciones del Tauro y del Líbano forman deliciosos valles, y si por una parte toca al desierto, por otra tiene fértiles llanuras, que se encuentran siempre al pie de las montañas. Es la puerta del Oriente; todo pasará por la rica ciudad de Antioquia, que Pompeyo dejó libre, y por su puerto de Seleucia. Dentro de algunos años podrá decir Estrabón que es tan grande como Alejandría. Pero no se extirpará el bandolerismo de los montañeses y de los árabes en el interior del país ni aun en el valle del Oronte: Calcis, el filarca de Emesa y los habitantes de Damasco, podrán á veces atajarlos, pero destruirlos nunca, porque el calcáreo poroso de las rocas del Anti-Líbano, abierto por todas partes en profundas cavernas, les ofrecerá seguros albergues. Cerca de Damasco había una, donde se ocultaban desahogadamente hasta cuatro mil hombres.

Los enemigos más temibles para los sirios eran siempre los partos. César había prometido librar á la provincia de tal inquietud, y Augusto cumplirá esta promesa de una manera menos heroica, pero acaso más segura.

La costa de Fenicia, que Estrabón prolonga hasta Pelusio, había sufrido menos de lo que se dice en la famosa rivalidad de Alejandría. Arado y Tiro tenían siempre una población superabundante, que se veía obligada á construir casas de seis, siete y hasta ocho pisos; y la púrpura tiria, célebre en todo el imperio, alimentaba una industria cada día más rica.

Lo que los griegos habían minado sordamente no era pues el comercio ni la industria de sus antiguos rivales, sino

(1) ΤΥΡΟΥ ΙΕΡΑΣ ΚΑΙ ΑΣΥΟΥ, es decir: Tiro, ciudad santa y lugar de asilo. Águila y palma; en el campo, porra, AK y DK. Moneda de plata.

(2) Cabeza diademada del rey Antíoco Epifanes; moneda de plata.

su lengua y su civilización. No se encontraban ya fenicios en Tiro ni en Sidón; en cambio, había muchos astrónomos y matemáticos, retóricos y filósofos, escuelas, en fin, donde se enseñaban todos los ramos del saber humano. Hasta de Ascalón y de Gadara salían Filodemo, el epicúreo, Menipo, el satírico, y Teodoro el retórico. Las categorías de Aristóteles y las ideas de Platón borrraban en aquellas ciudades de los patriarcas el recuerdo de las leyendas bíblicas.

V. — PROVINCIAS DE AFRICA.

Egipto.—La Palestina, constituida ya en reino, nos ocupará más tarde: llegamos pues á Egipto, la madre de las naciones.

El 15 de agosto del año 30 antes de nuestra era se extinguía la raza de los Lagidas, después de haber reinado cerca de tres siglos, primero con esplendor, después con flaqueza y oprobio. Habiendo caído, como todos los Estados de Oriente, en aquella semi-servidumbre en que el senado quería tener á las más poderosas monarquías, Egipto no se pertenecía ya desde el día en que bastó para salvarlo que un embajador romano extendiera su varita mágica entre él y el ejército de Antíoco Epifanes. Hacía de esto cerca de siglo y medio; pero los romanos gustaban de ver morir lentamente: en el anfiteatro hubieran hecho pedazos al gladiador que hubiera acabado demasiado pronto. Egipto vivió pues en medio de las guerras civiles y de los incestos, de las exacciones y de los asesinatos, viendo á sus reyes alternativamente perseguidores y víctimas, sin cuidarse más que de recoger oro, con que compraban en Roma algún tribuno ó cónsul.

La historia de este grande imperio había venido á ser la de las revoluciones de palacio, y en sus últimos días, no tuvo que apuntar más hechos que las célebres aventuras de aquella reina, tan apasionada como ambiciosa, que con su gracia y su ingenio, su loco abandono á los placeres y su muerte trágica, distrajo momentáneamente de la triste y sangrienta historia del segundo triunvirato.

El amor de César absuelve á Cleopatra de su pasión por Antonio, que no fué más que un cálculo necesario. Si la mujer fué débil, la reina fué grande, grande á lo menos á la manera de Oriente, es decir, fastuosa y cruel, pero hábil, y altiva hasta en la muerte. Con ella descendió al sepulcro el viejo Egipto. Había adoptado á sus reyes macedonios é inscrito sus nombres al lado de los de sus antiguas dinastías. Pero las palabras de Ezequiel van á cumplirse ahora y Egipto no tendrá ya más que dominadores extranjeros: *et dux de terra Aegypti non erit amplius.*

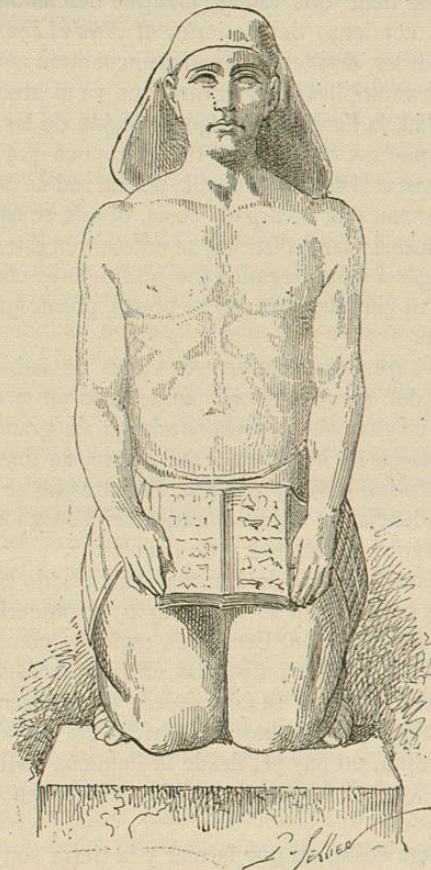
Una sociedad, amoldada en cierto modo al suelo que ocupa, es fuerte contra el tiempo y los hombres. Difícil es encontrar un gobierno peor que los últimos Tolomeos; sin embargo, Egipto prosperaba, á pesar de las continuas turbulencias y los asesinatos periódicos de Alejandría: aun era la tierra cantada por Teócrito, porque el suelo era allí siempre fecundo, innumerables las ciudades y benéfico el río. Era también la gran vía del comercio indio y como la fortaleza desde donde se podía tener en amago y en respeto al Africa y á la Arabia.

Tantas ventajas atraieron la clara mirada de Octavio, el cual tomó todas las medidas que pudo sugerirle la prudencia para impedir una sublevación en una comarca tan bien constituida para una vida aparte, y tan bien defendida contra las agresiones exteriores por el desierto que la envuelve, y por la inhospitalaria costa que la limita.

Cambises había degollado á los sacerdotes y profanado los monumentos; política que tuvo las consecuencias que

necesariamente debió tener: Egipto, bajo el cetro de los persas, estuvo en revolución casi continua. Octavio todo lo respetó: la religión, la lengua, los usos y costumbres del pueblo. Si rehusó desviarse de su camino para ver el buey Apis, observó á lo menos, como César, los ritos acostumbrados en los templos, donde permitió á los sacerdotes interesados en ofrecer á sus dioses un devoto en el vencedor, representarlo haciendo una ofrenda á Horo.

Cuando visitó el sepulcro de Alejandro, se le quiso enseñar también el de los Tolomeos: «He venido á ver un rey, no muertos,» fué su contestación y la única venganza contra la memoria de aquellos, cuyo lugar tomaba. Ya lo veremos gobernar como ellos, pero sin tumultos, con más orden y



Sacerdote egipcio (1)

previsión. Desde su llegada, los soldados que habían vencido á Antonio se ocuparon en limpiar los canales cegados por el Nilo. Está era la buena política para Egipto, donde estos trabajos regularizaban la inundación del río, y para Roma que había de surtirse de los trigos egipcios.

Egipto tenía siete millones de hombres y grandes riquezas, y Octavio no quiso confiar tantas fuerzas, sino á personajes oscuros, á simples caballeros que no siendo nada, sino por él, no pudieran hacer nada tampoco contra él: ni siquiera les dió las insignias de los gobernadores ordinarios. Eran meros agentes que enviaba á administrar una de sus granjas y cuyas cuentas revisaba él mismo. Considerado Egipto como dominio de los emperadores, no se contaba entre las provincias, y sus rentas, en vez de ingresar en las arcas del tesoro público, alimentaban la fortuna ó hacienda particular. Una legión en Alejandría, dos en las inmediaciones, nueve cohortes y tres escuadrones imponían respeto y obediencia á aquellas poblaciones dóciles de suyo. Y para no temer que algún ambicioso personaje sobornara este ejército, prohibió á todo senador y á todo caballero de

(1) Museo del Louvre (Clarac, *Noticia etc.*, n.º 360.

ilustre nacimiento aproximarse al Nilo sin expresa autorización suya. Con esto, nadie pudo ya, á no ser un negociante vulgar ó un viajero sin nombre, visitar la tierra de las maravillas. Y mientras toda la Galia entraba rápidamente en la ciudadanía romana, mientras los jefes de sus nobles familias tenían asiento en el Capitolio, tendrán que pasar doscientos treinta años antes que un egipcio pueda vestir la laticlavia senatorial. Hasta Septimio Severo, ni siquiera tendrá Alejandría el senado, que tenían las más humildes ciudades.

Estaban justificadas todas estas precauciones con la riqueza, la posición y organización social de Egipto. Las ciudades de la Grecia y del Asia, las poblaciones de Galia y de España vivían aisladas, y un conspirador indígena ó un aventurero político difícilmente las hubiera reunido para un objeto común. Pero Egipto no conocía estas divisiones; era un gran Estado cuyas partes todas tenían una vida semejante, porque no había para ellas más que una sola historia, como no había más que una existencia material. De Siene á Pelusio, todo era común, el bien y el mal, la carestía y la abundancia, porque el Nilo era el mismo para todos. También de Pelusio á Siene, era idéntica la organización política, porque los reyes y los sacerdotes habían extendido sobre todos su autoridad absoluta, como el río lo cubría todo anualmente con sus fecundantes aguas. Pero no había que temer nada de un pueblo amansado y dócil por veinte siglos de obediencia á un gobierno teocrático ó á dominadores extranjeros.

Polibio dice de los egipcios que eran inteligentes y sumisos á las leyes; testimonio aceptado por Estrabón, que los conocía muy bien. Poco les importaba el nombre de su señor, con tal que el Nilo subiera el día señalado por encima de sus márgenes, que no se murieran sus animales sagrados, que Serapis continuara en Cánope sus maravillosas curaciones y que pudieran ellos celebrar las fiestas de sus mil divinidades. En la de Serapis, de día y de noche cubrían las barcas el río y los canales, y todos se divertían en las orillas con canciones obscenas y danzas vergonzosas. De Alejandría á Cánope hay un camino de 120 estadios, que entonces se convertía en una calle ruidosa y alegre.

He aquí su gran negocio. El placer es su verdadero dios, su único culto. Pero Roma no piensa en quitárselo. ¿Por qué se dejarían dominar de un nuevo acceso de fiera altivez más bien griega que egipcia, después de todo, y por qué han de volver á la guerra alejandrina? Si la crecida del río no ha sido bastante copiosa, y amenaza el hambre, si el impuesto es excesivo, bien podrán murmurar y aun producir un tumulto; pero la presencia de algunos soldados disipará la más formidable sublevación. Toda la Tebaida sublevada temblará ante dos ó tres cohortes, y Petronio no habrá menester más que su guardia pretoriana para arrostrar la cólera desencadenada de toda Alejandría.

Que la vida les sea fácil y dulce y pasarán por delante de los majestuosos monumentos erigidos por sus padres sin recordar siquiera que han sido un gran pueblo. Los más instruidos de ellos apenas saben leer las inscripciones que refieren la antigua gloria de sus Faraones (2); ni aquellos sacerdotes de Heliópolis, de Tebas y de Menfis, cuya profunda ciencia interrogaban con respeto Pitágoras, Herodo-

(2) Galo, tercer gobernador de Egipto, visitó la tierra de las maravillas y no pudo hacerse explicar sus misterios (Estrabón XVII, 29). Es posible que Galo no entendiera al intérprete egipcio, ó que éste no se explicara á su satisfacción, porque Rosellini admite (*Mon. stor.* II, p. 455) que el uso de los jeroglíficos se conservó hasta Caracalla, lo menos, y M. Letrone acaso hasta el siglo VI (*Journal des Savants*, 1843, pág. 464).